**El amante polilla**

He sido un amante de la luz porque nunca he podido contactar con una, con un ente brillante que yo imagino de delicada figura y voz suave. La he mirado, la he anhelado, pero nunca la he encontrado, me pregunto si en mis sumisas fantasías en donde amo la luz y su brillo bocetea con pasión en mi oscuridad en algún momento serán una realidad. He vivido en la oscuridad mucho tiempo, más del que debí o debería, cae el plateado polvo de mis alas en la noche con la intención de hacer notar que estoy muriendo, que me queda poco tiempo, en el sendero que espero que alguien siga, alguien comprenda, pero en cambio el viento lo oculta con la tenue niebla como así mismo mi gran pena.

Recuerdo estar limpiando la sabia de mis alas, pegajosas y molestas, quien podría amar este débil cuerpo con sus heridas y su tiempo, quien podría amar estas cicatrices, quien querría darme su luz, para que, de que serviría, si nadie quiere ver mis patas tan delgadas y rotas que parecen trozos de hilo para coser, pensé hundido en mi mísera agonía, y lo vi, lo divise, y mi corazón tan pequeño, tan roto y delicado como es, paro de latir. Un brillo encantador, un ser, con una gran luz que cubría todo su cuerpo, con una voz grave le cantaba a los árboles y con sus hombros anchos y su figura viril parecía tan encantador, brillando, un hombre luciérnaga. Yo, ignorante como siempre he sido, creí que eran un mito, que las luciérnagas no habían en este tiempo ni por estos lados aparecían, debí haber estado disociado, desrealizado, porque nada del cuerpo de ese hombre se veía real, ni siquiera su luz, pero estaba ahí, quemando mis retinas con su anaranjada calidez que se sentía como el beso de buenas noches de una madre o una leche caliente antes de dormir. Me miro fijamente sobre esa ramita que yo reposaba y parpadeo lentamente, él con sus transparentes alas que sólo reflejaban su gran y pintoresca lucecilla tal cual un mágico espejismo, y cuando ya estaba enfrente de mi rostro, cuando podía ver sus ojos, sus grandes y dilatados ojos que hicieron que mis antenas ronronearan, él dijo:  “¿Porque en tus ojos hay tanta melancolía?” Su entonación tenía una nostalgia maternal que hizo que me estremeciera, como si su voz fuese todo lo que necesitaba escuchar, como es que podía sentirme tan seducido a una figura tan masculina, a alguien con el mismo cuerpo, pero distinta alma, y sobretodo, con la luz que yo creía adormecida, ¿la encarnación de la luz se podía ver en otro hombre? Me pregunte a mí mismo. “No tengo voz ni tiempo para decirle todo lo que estoy pensando, es por eso, que siento tanta pena.” El hombre luciérnaga me miro tan penetrantemente como si en ese momento yo fuera una mujer desamparada, acogida por los brazos de un noble, y que patético me sentí, pero sus ojos no tenían escrúpulos ni odio, no como el rechazo de mi mirada, que hacía lo posible para no enamorarse a primera vista del ignoto varón

.Me mira con los ojos bien abiertos, pero los párpados llenos de ternura como si con sus pestañas acariciara mi rostro y musitó: “Sus pobres alas, caballero, quien le ha hecho tanto daño,” dijo recorriendo con uno de sus dedos la seda de mi suave y corto pelaje sobre mi piel entrecortada que intente esconder tras el firme tacto a mis escamosas extremidades. “Deténgase por favor, váyase, váyase ahora, váyase antes de que usted se vuelva indispensable.” Mi cuerpo sufría y rogaba su tacto, me derretía de pena, pero mi alma tan avergonzada se negaba. La luciérnaga se alejó de mis alas, y con el mismo parpadeo lento que me dio al llegar, fue con el mismo que se había marchado.

Me escondí en mis propias alillas intentando comunicarme conmigo mismo por mi desvergonzada actitud de hablarle tan románticamente a ese misterioso varón encarnado en luciérnaga, que pensarían las mariposas si me vieran, qué pensarían las lombrices, me habrán escuchado rogarle, lo habrán visto sostenerme, que pensaran los caracoles, que he perdido prosa en otro cuerpo igual al mío, que pensara el pasto... Mi débil cuerpecillo de polilla cayó al suelo resonando la débil anatomía de un golpe que no movería ni una hoja ni temblaría un grano de piedra, estaba muriendo, y fue ahí cuando pensé, en qué pensaría la tierra, la tierra ahora que me llevaba y me enterraba con ella en lo que alguna vez será barro, polvo o plantas sin relevancia, pero la tierra hubiera querido que yo ame, que alguien me recuerde, pero quizás, solo quizás, en otro mundo, a ese hombre yo lo buscaré, a esa luciérnaga la encontraré, a esa luz yo la haré mía y no la dejaré ir aunque me cueste un insulto, aunque me cueste el odio de mis cercanos, prefiero amar, a morir deseando haber amado

**Cristian Iván Yáñez Aqueveque**

**Liceo Bicentenario de Cultura y Difusión Artística**

**Talca**